

XI

Han venido á contribuir en grado notable á este desarrollo de la industria alcoholera las epidemias parasitarias que han asolado los viñedos durante los últimos lustros y que constituyen uno de los acontecimientos más notables de la historia agrícola, especialmente en Francia, la cual vió reducirse los dos millones y medio de hectáreas plantadas de viñas que tenía, á un millón escaso.

Fueron estas enfermedades tres distintas: el *oidium*, hongo pequeño que ataca los sarmientos, hojas y frutos, y que mostró sus mayores efectos en 1851, 52, 53 y 54; el *mildew*, una peronóspora que se propagó en 1878, y, sobre todas, la *filoxera*, que fué la que más estragos hizo.

En 1865 los cosecheros de Roquemaure

(en el Gard) observaron que sus viñas perecían por una enfermedad desconocida, que se propagó en 1867 por el Comtat, Crau... en los alrededores de Tarascón, y cuya causa no tardó en descubrir Planchón, quien puso en evidencia se debía á un insecto, la *phylloxera vastatrix*, importado de América con cepas que se querían aclimatar en Francia. El mal se propagó con tanta rapidez y extensión, que este país vió arruinada su producción vinícola: en 1887 el total destruído comprendía 1 492,867 hectáreas en 60 departamentos, y esto, como es natural, determinó un crecimiento sorprendente de los alcoholes industriales derivados de los mostos de calidad inferior.

Las flores de azufre contra el *oidium*, las sales de cobre contra el *mildew*, el sulfuro de carbono y el sulfo-carbonato de potasio contra la *filoxera*, el replanteo de nuevas especies más inmunes ó resistentes contra cualquier enfermedad..., sirvieron á la Fran-

cia para acometer el remedio de su desastre agrícola, pero las industrias quedaron establecidas.

Verdad es, por último, que éstas no hubieran brotado si los progresos de la Química, ya antes referidos, no hubieran dado grandes facilidades para encontrar alcoholes dondequiera había, no ya un producto azucarado, sino un producto feculento susceptible por esta composición suya de convertirse en azucarado, y consecutivamente en campo de la fermentación alcohólica.

XII

El azuframiento de los vinos; su alcohoización ó encabezamiento; el azucarado; el enyesado, fosfatado, salicilado y tartrado, ó tratamiento por el ácido tártrico y la creta; el uso de las materias colorantes de la hulla,

en gran boga un día la fuchsina, luego reemplazada por materias colorantes rojas, amarillas ó azafranadas de la misma procedencia, la safranina, crisoidina...; las materias colorantes de naturaleza metálica y las procedentes de los reinos vegetal y animal, como el índigo, la cochinilla, el campeche..., estas y otras muchas sustancias empleadas, ya con el fin de conservar excelencias, remediar defectos y corregir enfermedades de los vinos, ó con el propósito criminal de adulterarlos ó de falsificarlos, vendiendo productos artificiales como si fueran naturales; todas estas sustancias, repetimos, pueden hacer que los vinos sean más sanos ó más nocivos, faciliten ó perturben la digestión...; pero, por regla general, su importancia en el problema del alcoholismo es menor que la que entrañan las sustancias empleadas en la composición de las bebidas destiladas.

Cuando el mosto fermentado de la uva se somete á la destilación, pasan agua, alcoho-

les y otras impurezas; y el producto, según es el grado, se llama aguardiente ó alcohol. Cuando la destilación se verifica con los otros mostos fermentados (de remolacha, grancs, patata...), el producto se llama flegmas; y no hay necesidad de afirmar que tiene muchas impurezas.

Las flegmas se purifican por rectificaciones sucesivas, y se puede considerar que durante ellas se forman sucesivamente también hasta siete clases distintas de productos, en las proporciones que á continuación se indica:

Agüillas.	1
Alcoholes de cabeza de mal gusto.	2
— de mediano gusto.	15
Alcohol de buen gusto.. . . .	72
Alcoholes de cola de mal gusto.	6
Malos.	2
Aceites.	0,5

Estos alcoholes de buen gusto conservan todavía un poco de aldehido y de otros al-

coholes más nocivos, y hay que rectificarlos de nuevo para obtener el alcohol neutro.

Un autor ilustrado, Grandeau, da las siguientes cifras, que representan, término medio, las operaciones verificadas en una de las destilerías mejor instaladas de Francia; de 100 litros se obtienen:

	Litros.	
Alcohol de gusto malo y mediano.	17,50	
— corriente, fino.	22,50	} 45,50
— extrafino.	23,00	
— de corazón, neutro. . . .	37,00	
	<hr/>	
	100,00	
	<hr/>	

Es decir, que, en rigor, 100 litros de alcohol solamente dan 37 litros de alcohol exento de principios extraños y propio para el consumo. Sin embargo, en la práctica se emplean los llamados finos y extrafinos para la producción de los líquidos aperitivos (vermouth, bitter...), lo cual debiera impedirse.

Se emplean muchos procedimientos físicos y químicos para la depuración de los alcoholes, á fin de destruir las materias venenosas que contienen: por ejemplo, la agitación de las flegmas con aceites, el empleo de carbonos absorbentes, medios oxidantes, hidrogenantes y mixtos...; pero la industria, la codicia, el mercantilismo, llevan al consumo productos mal rectificadas, con exceso de aceites esenciales, aldehidos y alcoholes nocivos.

Paul Bert advirtió que en Escocia los obreros de las fábricas de refinería de alcoholes industriales padecen con mucha frecuencia los temibles efectos del alcoholismo crónico porque se aprovechan y abusan de los residuos de la destilería y de la rectificación; y Guyot asegura que ha visto en las tabernas de París caer rápidamente en el alcoholismo comatoso á los obreros que toman tres ó cuatro copas grandes de aguardiente.

XIII

El *kirsch* obtenido con las cerezas y las ciruelas contiene ácido cianhídrico, aldehído, furfurol y alcoholes de la serie superior, butílico, amílico..., que son perjudiciales, y se preparan algunos kirschs falsificados, que son soluciones de alcohol con esencia de almendras amargas y nitrobencina.

Girard y Roques encontraron hasta 45 miligramos de furfurol en un litro de ciertas clases de coñacs.

Los aguardientes de sidra y de pera contienen aldehído y alcoholes muy impuros; y es muy sabido que las flegmas de la patata son muy ricas en alcohol amílico, que es de los más tóxicos.

Un sabio de laboratorio, Laborde, ha deducido de sus experimentos sobre animales

la siguiente serie en orden de más ó menos toxicidad:

Los aceites esenciales de los vinos, ó *bouquets*, y el *furfurol*.

El aldehído salicílico, y el salicilato de metilo que aromatiza los líquidos aperitivos, como el *vermouth* y el *bitter*; el ajenojo, el aldehído benzoico y el benzonitrilo, que forman la parte principal de la esencia que aromatiza el licor *noyó*.

Todos estos productos son agentes convulsivos.

Vienen luego el *whisky* (de Irlanda), el *gin* (de Londres), la *ginebra* de (Holanda), el *sherry-brandy*, el *duchbitter*, la esencia de *kirsch*; y figuran entre los menos peligrosos las esencias de *ron*, *cassis*, *cognac-brandy*, *curaçao*, *kummel*, *marrasquino*, *benedictino*, *aniseta*, *granadina*...

De intento hemos reservado para una mención especial un licor muy bebido, sobre todo entre la clase obrera, objeto de muy singu-

lares estudios, comunicaciones y debates en las Academias de Medicina, y contra el cual se formulan severos cargos en el proceso del alcoholismo: hablamos del *ajenjo*.

Este licor, en cuya composición entran las esencias de anís, badiana, ajenjo, coriandra, hinojo, menta, hisopo, angélica y melisa, y se colorea con zumo de perejil ú ortigas en estado fresco, tiene el funesto privilegio de ser un agente epileptógeno, ó promovedor de la epilepsia; terrible acción sobre el cerebro que Magnan, Marcé y otros atribuyen especialmente á la misma esencia de ajenjo que le compone.

XIV

Muy hermosos y convenientes efectos serían los del alcohol si jamás rebasaran de aquel delicado estímulo de toda la inteligencia y de la risueña transformación de todos los más lúgubres sentimientos, efectos que con tanto placer buscan los comensales de un banquete y no logran descripción exacta ni aun del más primoroso y sutil de los poetas.

Desgraciadamente no es así, y aquel viejo alcoholismo, ya de suyo repugnante por la inmediata degradación del sér humano que ocasionaba, y funesto por los estragos que á la larga producía con sus abusos, hoy aparece más letal y aterrador que nunca, porque la industria moderna con sus alcoholes impuros, y las bebidas modernas con sus esti-

mulantes y composiciones infernales, y las prácticas modernas con el mucho mayor consumo que de ellas han promovido, han logrado causar en pocos años todo el mal que antes requería muchos, y corromper su efecto haciéndole todavía más tóxico y maldito, más infame y endemoniado.

Lancereaux, que es uno de los profesores que con más esmero han estudiado la acción de los alcoholes sobre el hombre, dice que produce una vejez prematura, y que el verdadero alcohólico no resiste más allá de diez años.

No hablemos de las querellas, las riñas, los arrebatos, las agresiones, los suicidios y esas otras mil formas del delito á que induce un estado durante el cual las ideas hierven en la cabeza, los respetos de todas clases desaparecen, y la discreción y el miedo ceden su puesto al desatino y á la temeridad; dejando á un lado esta transformación psíquica del sujeto que á oleadas arroja millares y milla-

res de seres desgraciados sobre los campos de la Justicia y los abismos del Código penal, ya por de pronto el alcoholismo agudo hiere, como una maldición de los Cielos, al bebedor, y puede producirle, además de la embriaguez ordinaria, otras dos formas, las cuales se consideran más bien efecto de los productos tóxicos contracturantes y convulsivos que hemos presentado en el artículo anterior, que no del alcohol etílico, y son: la apoplética y la convulsiva.

Estos ataques, durante los cuales el individuo se pone á menudo al borde de la muerte, desplomado, inerme, lívido el rostro, difícil la respiración, estertoroso y víctima de un coma profundo, ó agitado por sacudidas epiléptiformes, como si hubiese sido herido por un derrame apoplético ú otra lesión profunda del cerebro, es hoy mucho más frecuente que lo era antes.

De manera parecida á como ocurre en la Terapéutica, donde el uso de los extractos y

de los alcaloides permite dar la esencia de las plantas medicinales en pequeñas dosis y llevar al *summum* sus efectos hasta determinar con miligramos y centigramos envenenamientos rápidos como el rayo, que no se obtendrían sino con grandes cantidades de las plantas; así estas bebidas destiladas vienen á ser como la esencia de los mostos de donde proceden sus alcoholes y aceites y precipitan en intensidad y tiempo sus efectos.

La mucosa del estómago y de los intestinos, brutalmente agredida por el fuerte contacto de los licores y aguardientes, se descompone y se irrita; aquella tenuísima membrana epitelial donde cada célula es como un obrero aristócrata de elegantísimos y blandos modales, que sólo entre ternuras inefables acierta á desempeñar las maravillosas funciones de la secreción y de la absorción, sufre una y otra vez airados contactos que la enferman; pasan á la sangre — perturbando con ello las esmeradas combinaciones químicas

que en el glóbulo rojo tiene la hemoglobina y la muy compleja composición del plasma — esos nuevos y fuertes líquidos donde los aldehidos, el furfurol, los alcoholes llamados superiores, los aceites esenciales, la nitro-bencina... representan un maldito concierto de agentes deletéreos; y arrastrados por ese líquido vital, al cual llamó Bordeu *carne circulante*, y con su perdurable movimiento desparramados por todo el organismo, simulan la invasión de huestes bárbaras que entran asoladoras en las comarcas histológicas, donde entre mimos y primores elaboran: la célula del hígado su bilis, la médula de los huesos su glóbulo, el epitelio renal su orina, el tubo seminífero su zoospermo, la vesícula de De Graaf su óvulo... y la célula nerviosa, en fin, su divina función psicológica, motriz ó sensitiva; elaboraciones todas que reclaman bondad en los materiales y sosiego en la obra si su producto ha de ser sano, y á las cuales, sin embargo, hieren con heridas de reposi-

ción más ó menos fácil y más ó menos pronta, si el ataque es inusitado, pero con herida incurable, imperecedera, fatal para el sujeto y transmisible á su descendencia, como una maldición bíblica, si por desgracia el ataque es repetido y el agente es fuertemente tóxico, ó si la agresión se ha cumplido en uno de los más supremos y transcendentales momentos de la función celular.

Basta esta sencilla indicación para que se comprenda que la palología debida al alcohol es vastísima; desde la célula del tejido conjuntivo, á quien espolea, irrita y conduce á la cirrosis, hasta la célula cerebral, á quien inflama y degenera, á todos los tejidos ofende, y por eso los médicos, cuando interrogan á sus enfermos y procuran conocer la naturaleza y gravedad de las infecciones y los antiguos envenenamientos á quienes atribuir lesiones que parecen misteriosas y son gravísimas, jamás descuidan, ni deben descuidar, las investigaciones sobre el alcoholismo.

Las contraccções musculares, el temblor de las manos, los calambres, el hormigueo de las extremidades, las neuralgias, la palidez del rostro, los vértigos, el insomnio, los desvaríos, las alucinaciones y, por último, esa lastimosa degeneración llamada el *delirium tremens*, tan explotada por la literatura moderna, denuncian elocuentemente hasta qué profundo grado se alteran la estructura y las funciones del más noble sistema orgánico, el cerebro-espinal.

¡Y si fuera esto sólo! Pero la herencia que á los hijos da este exceso de los padres no puede ser mas espeluznante; las meningitis tuberculosas, las eclampsias, el histerismo, la epilepsia, la degeneración moral... la miseria orgánica en su mayor expresión. ¡Ah! ¡Las tres cuartas partes de los niños epilépticos de la Salpêtrière son hijos de alcohólicos, es decir, son los herederos de esa maldición implacable recogida en el fondo de una copa de ajeno ó de otra bebida semejante!

XV

¡Y como trasciende esto á la sociedad donde se desarrolla!

Las poblaciones castigadas por el alcoholismo tienen, como ocurre con los individuos habitualmente ebrios y las familias castigadas por esta pasión, un sello de miseria, de abandono y de envilecimiento imposible de ocultar.

A este efecto, recordamos que nos impresionó mucho tan triste cuadro en ocasión que visitábamos las ciudades manufactureras de Glasgow, Liverpool, Manchester... y que hicimos público entonces aquel sentimiento.

Nunca fué tanto como en la noche de un sábado en que nos dedicamos en Liverpool á hacer lo que en la noche de los sábados se puede hacer en Inglaterra y Escocia: ver gente, y sobre todo ver tiendas.

Parecía aquello una apoteosis teatral del Comercio, en la que los comerciantes todos liquidaban con derroche sus mercancías. ¡Qué lujo y qué animación de parroquianos y compradores! Las carnicerías con sus blanquísimos mármoles; las fruterías elegantes con productos de todo el Mundo y aromas de todas las frutas; las tabaquerías con sus barricadas de cajones y sus hermosas pipas; las cervecerías y tiendas de vinos y licores con sus botellas de mil bebidas que deleitaban la vista; las ostrerías con sus montañas de rojos cangrejos y de ostras, que parecía imposible hubiesen quedado más en el mar...; y todo agrandado, fantaseado, embellecido con los metales limpios, los grandes espejos, las vajillas refulgentes, los dorados, las bombas de luz que promovían una inflamación como de brasa que todo lo consumía.

¡Qué de entrar y salir gente en las tiendas haciendo provisiones para el domingo! Y además, ¡qué irrupción de obreros en las ta-

bernas! Las seis millas de docks y los barrios bajos habían vomitado sobre aquella zona una verdadera invasión de consumidores.

Poco hacía que íbamos recorriendo calles cuando comenzó á presentar sus huestes el alcoholismo en cantidad aterradora (porque además en Liverpool hay mucho obrero irlandés y los naturales de este país beben con exceso), y entonces ya nos distraíamos, contemplando los rostros más variados y expresivos que ha podido soñar cualquier Velázquez para representar el alcoholismo agudo y el crónico; el rostro macilento y pálido, el de pliegues adiposos colgantes y vultuosa congestión, el de nariz abultada y cianótica, el de ojos tiernos y vascularizados, y el de mirada brillante y atrevida.

Solos ó acompañados de amigos, ó de la familia, mujer é hijos, á veces en parecido estado, caminaban inofensivos; algún codazo, alguna pregunta impertinente, algún gesto picaresco y socarrón; rara vez aparecía uno

de insolente apostura, en el fondo de cuyas pupilas centelleaban la agresión y el insulto.

Advertimos que este vicio, por demás extendido, imprime carácter al vecindario de Liverpool, porque en sus calles, y en estado de horroroso abandono, se encuentran miles y miles de criaturas del uno y del otro sexo. El destrozo, la suciedad, la extremada miseria en que se muestran no tienen nombre, ni reconocen semejante en pueblo alguno del Continente; porque no hay vicio como la embriaguez para la suciedad y el descuido. Pululan por doquiera, llenando calles, plazas y estaciones, descalzos siempre, los muy exigüos restos de vestidura que cubren sus carnes convertidos en una red de jirones, briznas y harapos, donde el barro, la grasa y el desgaste han producido indefinibles colores, y ocúltanse sus blondos cabellos y las tiernas y encendidas carnes de su rostro bajo una estratificación de suciedades.

Estas criaturas asaltan al transeunte, le

acosan y le aburren, ya ofreciéndole mustias flores, baratijas y cajas de fósforos, ya solicitando su caridad con rápidas volteretas, ya lanzándose sobre sus botas con un cepillo en la mano.

Al verlos tan desatendidos creeríase que no tienen padres, ni han tenido jamás el calor de la familia, ni hay en el Mundo persona ni Asociación que arroje sobre sus cuerpos mirada alguna piadosa. Parecen abortos de la miseria, sedimento de las zahurdas lanzado á la calle, engendros de la ahumada bruma y del sucio asfalto que denuncian, mejor que los tétricos y misteriosos callejones de Wite-chapel, un grave peligro que conjurar y una desgracia que corregir.

¡Tal era la ciudad alcohólica!

XVI

Las consideraciones anteriormente expuestas necesitan ser completadas con cifras estadísticas que vamos á presentar en este artículo, tomándolas de obras muy modernas y de autores tan renombrados como Rochard, Riche, Claudio (de los Vosgos), etc.

El primero de los ya citados concluye su excelente obra *L'Hygiène sociale* con un curioso estudio económico acerca de las pérdidas que ocasionan á Francia las enfermedades populares; de él extractamos la parte referente al alcoholismo.

FRANCIA

Eliminando todas las bebidas fermentadas (vino, sidra, cerveza...) y aun el aguardiente de vino, calculando sólo lo referente á los es-

píritus industriales, el consumo reconocido oficialmente en 1885 por la Administración de contribuciones indirectas y que ha pagado impuesto, ha sido de 1.544.342 hectolitros, y si á ello se agrega lo que Lunet admite existir fraudulentamente, entonces ha sido de 2.551.285, lo cual supone un capital de 163.481.918 francos, valorando el hectolitro á 63,75 francos, y excluyendo derechos de consumos.

Suma Rochard con las anteriores cifras la pérdida por los días sin trabajo á causa de la embriaguez, la cual, á razón de 2 francos cada uno, asciende á 962.771.000 francos.

La parte que le es imputable al alcoholismo en los gastos totales por accidentes, enfermedades..., aun calculando por bajo de la verdad, sólo el décimo, asciende á 70.842.000 francos.

Los enajenados por alcoholismo han quintuplicado en Francia en veinte años. Siendo en 1865 de 338, eran ya en 1885 de 1.732;

es decir, que desde la proporción de 9,79 por 100 ascendieron á la de 16,03. Deduciendo esta proporción de los 16.580.703 francos que al país cuestan los establecimientos especiales, resultan 2.652.912, sin contar los que permanecen con sus familias.

En 1885, por causa notoria de exceso de bebidas se suicidaron 868 individuos y se cometieron 538 homicidios, vidas cuyo valor económico hay que agregar á la suma anterior.

Son muy considerables, asimismo, los gastos ocasionados por la represión consecutiva á los delitos (prisiones, transportes...), los cuales, aun excluyendo los de administración de justicia, se elevan á más de 8 millones.

En resumen: haciendo correcciones adecuadas, calculando las pérdidas muy por bajo de la realidad, excluyendo muchos factores morales y desventuras de gravísima consecuencia, pero que deben tenerse en cuenta al estudiar el problema que nos ocupa, Rochard

presenta la siguiente suma de lo que el alcoholismo cuesta á la Francia:

	Francos.
Precio del alcohol consumido. .	128.298.384
Días de trabajo perdidos.	1.340.147 500
Gastos de tratamiento y de huelgas.	70.842 000
Gastos de tratamiento para los enajenados.	2.652.912
Suicidios, muertes accidentales.	4.922.000
Gastos de represión por los crímenes.	8.894.500
<i>Total.</i>	<i>1.555 757.296</i>

El número total de tiendas de vino en 1885 era, en Francia, de 399.145; 1 por cada 94 habitantes; descontando mujeres y niños, 1 por cada 30 ó 40.

ALEMANIA

Dice el *Anuario Estadístico del Imperio alemán* para 1889, que el número de habi-

tantes por cada destilería se ha elevado desde 870 que correspondía en 1879, hasta 928 que era en 1887; es decir, que ha disminuído el número proporcional de éstas.

En Alemania el consumo del alcohol en tal estado y el de licores oscila, por habitante, desde 7,43 litros (en 1882) de alcohol á 100° á 8,25 litros (en 1885). En Prusia especialmente pasa de 10 litros.

Hay desde 1882 un crecimiento sensible en los casos de alcoholismo agudo y crónico, y es considerable el de la enajenación mental. Brouardel y Pouchet aseguran que el 8 por 100 de los suicidios en Prusia se deben claramente al alcoholismo; en Sajonia el 16; en Wurtemberg el 26.

En Prusia se elevan al 15 por 100 los enajenados admitidos en los asilos, y en Wurtemberg al 48 por 400, de los cuales el 19 son por herencia.

El doctor Baer (de Berlín) ha encontrado la proporción de 43,9 por 100 en los hom-

bres y de 18,1 en las mujeres, entre la criminalidad general, por motivos del alcoholismo.

INGLATERRA Y PAÍS DE GALES

En 1888 había una tienda de bebidas por cada 223 habitantes.

Según el *Judicial Statistics for England and Wales*, el número medio anual de casos sumariados por embriaguez y de escándalo grave ha sido desde 1868 á 1887 entre el 25 y el 31 del número total de sumariados.

Sobre 100 casos de enajenación mental, se calcula que el alcoholismo ocasiona el 21,4 por 100 entre los enfermos pobres, hombres, y el 7,3 en las mujeres. En las clases desahogadas alcanza el 16,10 y el 6,9 respectivamente.

AUSTRIA

En 1887 había una taberna por cada 266 habitantes; muchas menos que siete años

antes, 1882, en que había 1 por cada 189.

El número de enajenados alcohólicos tratados en los asilos ha sido desde 1882 á 1886 de 1.169 entre 11.943, ó sea el 9,7 por 100.

BÉLGICA

En la sesión del 1.º de Junio aseguraba el barón Surmont de Volsberghe, que en el Reino había 136.000 tabernas, lo cual arroja una por cada 43 habitantes. Desde 1860 á 1882 han aumentado en 44 por 100.

Mr. Cauderlier decía en un discurso pronunciado en 1888, que actualmente Bélgica consume 70 millones de litros de ginebra por año; lo que arroja 60 litros por hombre adulto.

El alcoholismo castiga mucho en esta industriosa nación.

DINAMARCA

El número de tiendas de bebida arrojaba en 1880 una por cada 194 habitantes, y el consumo se elevaba á 18 litros por cabeza.

En este país se consume grandes cantidades de alcohol; pero como se ingiere principalmente durante las comidas, sus efectos resultan atenuados.

El 30 por 100 de los casos de socorro se deben á la embriaguez, y son imputables al alcoholismo el 11 por 100 de los enajenados. Sobre 1.000 detenciones ó arrestos, 747, ó sea el 74,7 por 100, han recaído en sujetos ebrios.

FINLANDIA

En este país ha sido muy combatido el alcoholismo y se advierten sus favorables resultados.

El número de tabernas por habitante, que se conserva inalterable desde 1887, es de 1 por 1.574, y el consumo anual del alcohol se ha reducido á 2,06 litros.

El número de individuos condenados por embriaguez en los Tribunales inferiores ha sido en el período 1883 á 1887 de 1.968; que viene á ser un 75 por cada 100.000 habitantes.

HUNGRÍA

No se puede calcular con mucha exactitud el número proporcional de tiendas de bebidas por habitantes, aunque se cree es muy inferior á la de 1 por cada 600.

En la Hungría propiamente dicha (la Croacia y la Eslavonia), el consumo anual del aguardiente es de 14 litros por cabeza; pero como esta bebida allí tiene sólo 35 por 100 del alcohol absoluto, resultan 5,34 litros por cabeza.

No tenemos datos precisos sobre la responsabilidad del alcoholismo en los delitos y la enajenación.

ITALIA

Se calcula un consumo anual de alcohol absoluto de 1 litro por habitante. El alcoholismo aquí produce pocos estragos. El término medio anual de los alcohólicos tratados en los hospitales es de 320 por cada 100.000 habitantes, y la mortalidad de 47.

NORUEGA

En este país, como en Suecia, la lucha contra el alcoholismo ha rebajado la proporción del consumo anual del alcohol puro por habitante desde 8 litros, que era en 1830, hasta 2 litros.

HOLANDA

También las tiendas de bebidas disminuyen desde 1882. Sin embargo, en absoluto

sú proporción es crecida y el consumo anual de alcohol por habitante también muy considerable: 9,22 desde 1883 á 1887.

Los alcohólicos son numerosos: 16 por cada 100 enajenados, entre los hombres; mucho menos entre las mujeres, 2 por 100.

RUSIA

La investigación internacional estima el consumo anual del alcohol á 40°, por cabeza de población, en 10 litros, desde 1873 á 1882.

No hay datos de criminalidad y enajenación.

SUECIA

En las ciudades y en el período de 1881 á 1885 había una tienda de bebidas por cada 771 habitantes, y en las poblaciones rurales 1 por cada 15.265.

El consumo del alcohol ha descendido desde 6,07 al año por habitante, de 1872 á

1876, hasta 4,01 de 1882 á 1886; la proporción de enajenados alcohólicos ha descendido desde 10,14 (1873) á 6,12 (1882), y la de suicidios alcohólicos desde 26 á 14 por 100.

Las Sociedades de templanza cuentan aquí con más de 70.000 miembros.

SUIZA

En todo Suiza, excepción hecha del cantón de Vaud, hay un establecimiento por cada 131 habitantes. El consumo anual de aguardiente se calcula es de 9,40 litros por habitante.

A un interrogatorio dirigido por el Consejo Federal á los cantones para conocer cuántos presos de los existentes en las penitenciarías habían sido inducidos al delito por la embriaguez, le respondieron que de 2.560 detenidos, 1.030, es decir, el 40 por 100, eran dados á la bebida.

En los manicomios había 923 atacados de



alcoholismo entre 7.362; de ellos 825 hombres y 98 mujeres.

XVII

Enfermedad social tan gravísima desde cualquier punto de vista que se la considere (económico, moral, político, penal...), no podía menos de promover por todas partes esfuerzos enérgicos y pertinaces para conseguir, ya que no su completa curación, verdadera utopía, al menos la disminución de sus estragos.

Y advertiremos que los afanes á este propósito aplicados son tantos y de índole tan varia, que al querer ordenar la riqueza de datos que hemos apuntado, aun para estudio tan rápido como el nuestro, sentimos una verdadera dificultad, pues parece que pugnan por proclamar su preferente importancia las leyes de los Parlamentos, los informes de las

Academias, las conclusiones de los Congresos internacionales y los Consejos de las Ligas contra el alcoholismo; las propagandas públicas realizadas, ya por medio de la palabra, ya por medio de la imprenta; los sistemas de persuasión y de represión discurridos; los impuestos y franquicias; los premios y los castigos... lo muchísimo, lo incalculable que se ha hecho y aconsejado con el fin de llegar á la magnífica y bienhechora conquista de que tratamos.

Se ha dicho que los pueblos libres, como Inglaterra y América por ejemplo, han acudido principalmente á medios persuasivos, y que los pueblos autoritarios, como Rusia y Alemania por ejemplo, han empleado los represivos; pero es la verdad que, aun cuando se observe cierta tendencia á producirse con más facilidad en uno ú otro sentido, según la idiosincrasia política de cada Estado, todos los pueblos han puesto en acción un sistema mixto, como ha venido á plantearlo muy

poco ha el país más republicano y libre de Europa, Suiza, donde mientras su Confederación, por un decreto de la Asamblea Federal fechado en 23 de Diciembre de 1886, monopolizaba la fabricación y la importación de los alcoholes industriales, legislando severamente acerca de este particular — ley que recibió la sanción popular en 15 de Mayo de 1887 —, ocurría que al propio tiempo la mayoría de los Gobiernos cantonales y de las Sociedades suizas destinadas á obtener el adelanto de las ciencias sociales, desarrollaban todo un vasto programa de educación especial que empezaba por influir ya sobre el tierno niño, para de esta suerte formar la opinión pública de la futura generación, elevando su nivel intelectual y moral, y respondiendo al principio de que, para combatir eficazmente la embriaguez y el exceso, son preferibles las medidas preventivas á las curativas.

Estas consideraciones nos marcan el orden

que hemos de seguir en nuestra exposición, comenzando por los medios más dulces, para concluir por los más autoritarios.

XVIII

La fórmula más completa y eficaz, sin duda, dentro del sistema persuasivo, es la que ha dado Suiza, y á la cual acabamos de hacer referencia. Verdad es que ya, y desde hace muchos años, América primero y después Inglaterra habían puesto en juego sus Sociedades de templanza, libros, folletos, propagandas orales...; pero éstas actuaban sobre el hombre adulto, tendían á remediar el mal ya producido, y sus resultados no podían ser muy satisfactorios, porque es muy difícil empresa la de curar una pasión luego de formada : esta es la razón por qué los sui-

zos, además de aplicar todos aquellos remedios que se juzgan útiles para reducir el daño, metodizan de tal suerte el tratamiento de la pasión de la bebida, que procuran educar al hombre desde sus primeros años, siempre con el objetivo de apartarle de incurrir en ella.

En rigor, el método suizo no es otra cosa sino el cumplimiento de la conclusión que el Presidente de la Liga belga contra el alcoholismo formuló en 1882, cuando dijo: « No hay más que dos remedios contra el alcoholismo: la supresión de la miseria y la supresión de la ignorancia. »

De esta suerte, los suizos recomiendan cuidar mucho de la infancia pobre, fundando para ella asilos y escuelas gratuitas, en lo posible del sistema Froebel; Cajas de ahorro, Sociedades que propendan á desarrollar el gusto de los recreos intelectuales y morales, y bibliotecas de la infancia. Hay que vigilar los huérfanos colocados en las comunidades y corpóraciones, y estimular á la juventud

que abandona las escuelas á que forme Sociedades de enseñanza mutua, de canto, de música, de gimnasia; hay que difundir las escuelas libres de dibujo y de modelado; hay que mejorar la enseñanza oficial haciéndola más práctica, y hay que extender todo lo posible el conocimiento de la Higiene.

La adolescencia y la edad madura deben ser convenientemente dirigidas, influyendo constantemente los Gobiernos sobre la opinión pública á fin de habituarla á condenar, no sólo la embriaguez y el uso de los aguardientes y bebidas destiladas, sino hasta el abuso de las fermentadas, como el vino, la sidra y la cerveza; publicar folletos y periódicos encaminados á este fin; fomentar las Sociedades de templanza y las de consumo de buenas bebidas, para que sustituyan éstas con economía á las destiladas; fundar centros de colocación, de Cajas de ahorros y de previsión para los obreros; perseguir los despachos fraudulentos; prohibir á los esta-

blecimientos la venta á niños menores de diez y seis años...

Ya hemos dicho que la ley referente á los espirituosos, votada en 15 de Mayo de 1887, da á la Confederación Helvética el monopolio de la importación y de la fabricación del alcohol, y se ha concedido este monopolio persiguiendo la garantía de que el alcohol destinado al consumo estaría suficientemente rectificado, que sus productos se repartirían proporcionalmente entre los diferentes cantones, y que el 10 por 100 de ellos sería empleado en combatir las causas y los efectos del alcoholismo, y además que se suprimirían los *Olungelds*, ó derechos de entrada cantonales, que encarecían el vino y la sidra.

El resultado de estas disposiciones se hacía ya ostensible diez y nueve meses después, en un informe federal, según el cual se había logrado una mejoría sensible en la mayor parte de los espirituosos y la reducción del consumo en un 25 por 100.

XIX

De todos los recursos pertenecientes al sistema persuasivo, ninguno tan interesante y de historia más peregrina que el de las Sociedades de templanza, ó de continencia, mejor dicho. Su origen es americano; se fundó la primera en Boston en 1813; pero, como sucede en todas partes con los primeros ensayos de este procedimiento, pereció entre la burla y las iras de los bebedores. Trece años después, en 1826, renació la idea en la misma ciudad; en 1828 es copiada en Glasgow, y en 1844 se funda en Falkirk la Liga de templanza, de la que fué alma con su celo y elocuencia el reverendo Matheu. En 1878 había en el Reino Unido veinticuatro Ligas que contaban con 4.500.000 adheridos. Alemania tenía en 1846 ya 1.250 Sociedades

de esta clase, y hoy existen en Holanda, Suecia, Suiza, Alemania, Inglaterra, Escocia... En Rusia y Francia no se han desarrollado, y no habían sido hasta hoy necesarias, por fortuna, en Italia y España.

Hay en Londres una Sociedad que explota en la ciudad numerosos cafés de templanza, donde no se sirve licores fermentados ni bebidas alcohólicas, y merecen tal aceptación, que sus acciones, emitidas á 25 francos, valen ahora 130; y en el sexto Congreso Internacional de Higiene, celebrado en Viena, monsieur Coleville dió lectura á una Memoria de la Asociación Médica Británica de Templanza, la cual comprende 1.500 médicos y un gran número de estudiantes comprometidos á no beber espirituosos ni líquidos fermentados, estimando el alcohol como un medicamento semejante al cloroformo y al éter.

Quien haya viajado por estos países, y muy especialmente por esas ciudades manufactureras y comerciales donde el obrero

abunda, como Glasgow, Liverpool, Manchester..., de seguro que habrá visto con asombro la frecuencia con que los hoteles, cafés, tiendas... llevan el apellido *temperance*. Es una verdadera obsesión, cuyos fundamentos y resultados sólo comprenderá la persona que conozca la historia funestísima del alcoholismo en estos pueblos.

XX

Desde la pena de muerte aplicada por las leyes de Dracón á los bebedores, hasta los castigos impuestos hoy en algunos pueblos al expendedor de vinos, todo se ha intentado con las disposiciones que podemos agrupar en el llamado sistema represivo.

Figuran entre las principales las siguientes: el monopolio del alcohol por el Estado, los impuestos arancelarios y municipales, el

reconocimiento severo de los productos espirituosos, la limitación de destilerías y despachos de vinos y licores, y los castigos aplicados á los consumidores y á los expendedores.

Diremos algo sobre su alcance y efectos.

XXI

El monopolio del alcohol, al cual vuelven algunos pueblos, es un recurso que, si no con un fin higiénico, nunca tan invocado como en los actuales tiempos, al menos con un fin económico ha sido ya empleado muchos años antes de ahora. Recordaremos, en prueba de ello, que el Gobierno ruso le ha ejercido durante siglos.

Alemania aprobó al fin en 1887 un proyecto—rechazado el año antes de 1886 en la sesión del 27 de Marzo—sobre monopolio y venta de espirituosos, reconociendo al Estado

la libertad de fijar una tarifa oficial para la venta en los despachos establecidos por la Administración.

Mr. Alglave, catedrático de Derecho en París, formuló en 1880 un sistema de *monopolio facultativo* del alcohol por el Estado, que expuso más tarde en el Congreso de Higiene de Ginebra, en 1882, y acerca del cual insistió nuevamente en el Congreso de Higiene de Viena, en 1887, sosteniendo que era un medio seguro de embarazar la marcha del alcohol, porque permitía, cuando menos, excluir los alcoholes impuros. A propuesta suya votó la Sección apta de este Congreso las dos siguientes conclusiones: comprobación por el Estado de los aguardientes antes de lanzarlos al comercio, y supresión de los impuestos que cargan sobre las bebidas higiénicas, como los vinos, sidra, cerveza, concentrándolos todos sobre los alcoholes.

La Comisión del Senado francés, que ha estudiado con mucha profundidad este asun-

to, y que ha tenido ponencias como la famosísima de Claudio, de los Vosgos, discutió tres clases de monopolios: el de la fabricación, el de la rectificación y el de la venta; pero puntos de vista económicos y la imposibilidad de encontrar un procedimiento sencillo y breve para que reconocieran la impureza de los alcoholes los empleados de la Administración pública, hicieron que la Cámara de Diputados acordase en su sesión del 9 de Marzo de 1888 buscar otros medios para conseguir la reducción del alcoholismo, de los cuales se proponía fuese el principal la más severa aplicación de las leyes de policía de 1851 y de 1855 en la reducción del número de tiendas y en el aumento de los impuestos.

En Suecia, Noruega y Finlandia se practica lo que se llama *el sistema de licencias de Gothemburgo*, por ser aquí donde se iniciaron el 22 de Agosto de 1865, las cuales consisten en conceder el derecho de venta al por menor, á título de monopolio, á ciudades

y á Sociedades cuyos estatutos son aprobados por la autoridad, y á concesionarios elegidos por los Municipios, destinándose los rendimientos á objetos de utilidad pública y de beneficencia.

Los Municipios pueden prohibir la venta al por menor del aguardiente; y parajes hay donde se recorren centenares de kilómetros sin encontrar un despacho de aquel espirituoso.

XXII

La campaña realizada en Suecia y Noruega para disminuir la fabricación del alcohol, no sólo ha utilizado estos medios, sino el aumento gradual de los impuestos y la compra de los alambiques particulares por cuenta del Estado á un precio superior al de su valor, y otros derechos comunales y restriccio-

nes, cuyo resultado ha sido tan sorprendente, que de 10.000 destilerías que había en 1830, sólo quedaban 24 en 1874, número que se dice no ha variado después.

Medida más generalmente aceptada ha sido la de recargar los impuestos, con lo cual, si se ha pretendido cuidar algo de la higiene, se ha tratado de favorecer principalmente á los ingresos del Tesoro público. Es ésta, de ordinario, más que una cuestión sanitaria, una cuestión económica, de presupuestos y de relaciones internacionales, lo cual explica que se halle á merced de Tratados comerciales, y que las cifras cambien con verdadera frecuencia. Aunque no tenemos á la mano las cifras actuales, para los fines de nuestro estudio no nos interesan gran cosa, y sirven perfectamente las siguientes, que regían no ha mucho: en Inglaterra el impuesto es de 477 pesetas por hectolitro desde 1862; en Norte-América, después de haber subido á 545 pesetas en 1864, bajó á 136 y subió

hasta 245; en Rusia es de 227; en los Países Bajos, 239; en Austria Hungría, 26,75; en Dinamarca, 30; en Bélgica, 55; en Francia era hace poco de 156,25: en este país vecino, la cantidad de alcohol sometida á impuesto durante 1885 fué de 1.444.342 hectolitros, los cuales produjeron 23.833.300 francos. La enseñanza que se desprende de este particular es que se ha acreditado como medida higiénica la de recargar por un lado los impuestos sobre el alcohol y las bebidas destiladas, rebajando en cambio y hasta suprimiendo los impuestos sobre los vinos, las cervezas y la sidra, que se estiman como bebidas sanas.

XXIII

Respecto á las impurezas del alcohol, es indudable que se debe tener en cuenta la opinión de Milliet de que se ha exagerado la to-

xicidad de los alcoholes llamados superiores, químicamente, y que interesa no olvidar que el alcoholismo sobreviene lo mismo porque se beba alcohol malo en abundancia, como porque se beba mucho alcohol bueno de una manera continua; juicio que expresaba Claudio, de los Vosgos, al Senado francés en su informe, cuando decía: «La Comisión no duda en declarar que el abuso de las bebidas alcohólicas le parece tan perjudicial á la salud pública como el consumo de los malos alcoholes, y que el fin que hay que perseguir es necesariamente doble: librar al alcohol de las impurezas nocivas que contiene, y buscar los medios de reducir el consumo aun de los alcoholes menos impuros.» Sin embargo de estas observaciones, lo cierto es que con las modernas bebidas industriales y los hábitos alcohólicos hoy generalizados, ocurre que en menos cantidad de líquido se bebe una mayor cantidad de alcohol, y con él además una mayor cantidad también de impurezas fuerte-

mente tóxicas, lo cual revela la necesidad de volver el gusto á las bebidas declaradas sanas.

La reducción del número de tiendas de bebidas se ha procurado lograr en Inglaterra, Suiza, Noruega... y otros pueblos apelando á diferentes motivos. En Francia, desde 1851 á 1880 no se podía establecer un espendedor sin previa autorización; pero planteada la libertad de comercio y del trabajo, los *debits* y *cabarets* han aumentado prodigiosamente; sólo en París hay más de 30.000. Es un buen remedio éste cuando no se opone al criterio que inspira á la política y á la administración pública de un país.

XXIV

El castigo del hombre ebrio aparece como uno de los medios más racionales impuestos al alcoholismo, cuando no se acepta el crite-

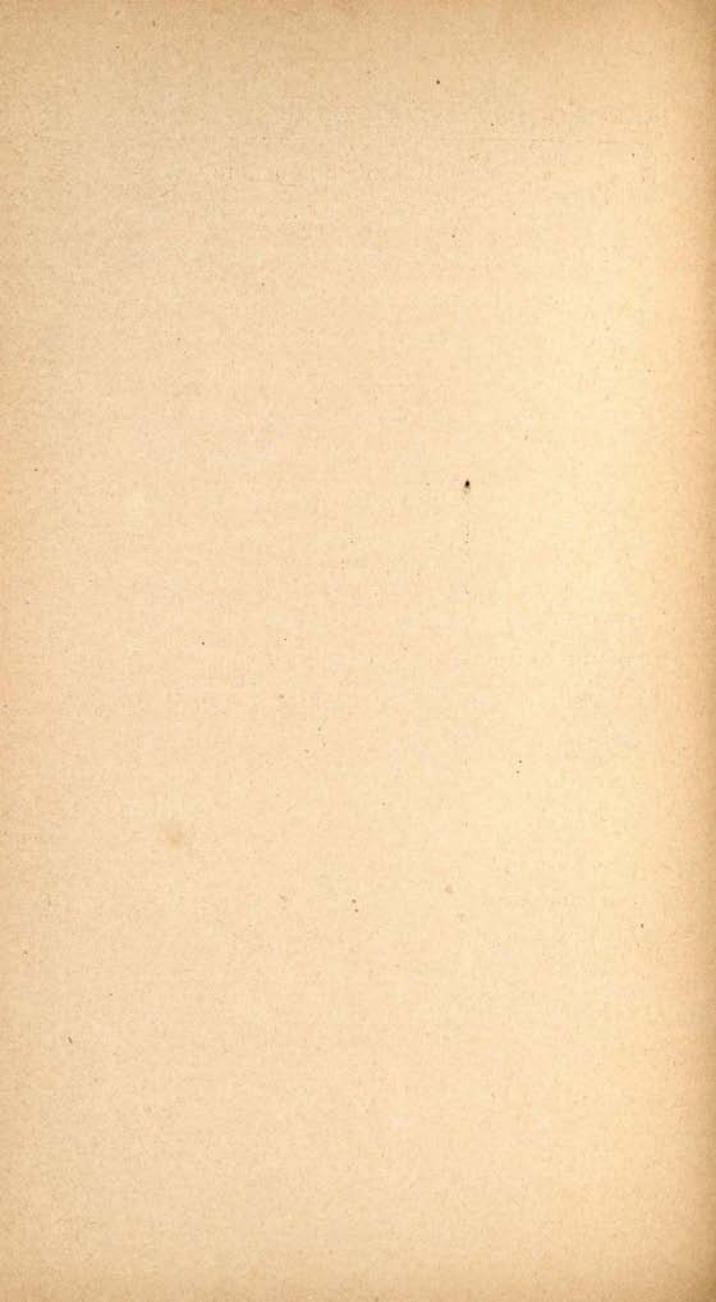
rio frenopático con que algunos profesores juzgan la pasión de la bebida. Recuerdo, á este propósito, que visitando en 1889 el pobladísimo manicomio de Colney-Hatch, cerca de Londres (tenía á la sazón 2.259 asilados), nos decía su sabio y anciano director que para él la propensión á la bebida era siempre un síntoma de enfermedad.

Las multas, la prisión, la reclusión terapéutica voluntaria, autorizada por la ley inglesa, han producido á veces resultados indudables, siquiera no tan eficaces y duraderos como podría creerse á primera vista.

Nos parece, en cambio, injusta, brutal, y medida antes propia de una persecución ciega y enconada, que no de una campaña racional, culta y justiciera, el aplicar castigos al vendedor, ya sean multas, ya prisión, ya la clausura de sus establecimientos por la recidiva de los bebedores. Comerciantes honrados en el grado que puedan serlo los de cualquier otro artículo, sufridos entre los que más,

obligados á un rudísimo trabajo para sostener su vida, de ordinario abrumados de miserias y de impuestos, blanco de todas las iras y abusos de alcaldes, delegados y comisarios, ellos sufren primero que nadie los efectos del alcoholismo; y tanto sea el pobre tabernero hombre tímido, como lo sea de varoniles alientos, al ver entrar por las puertas de su despacho la sinrazón de la embriaguez, tiembla y se espanta, porque con ella entran la provocación, el insulto y, con frecuencia, la perdición para siempre de una familia honesta que no apetecía otra cosa sino el comercio sano del artículo que le cupo en desgracia vender.







EL ARTE MÉDICA

I

ES una verdadera desgracia, origen de muy tristes consecuencias, que la sociedad carezca de un criterio sencillo y acertado con el cual pudiera distinguir el médico bueno del malo: la Ciencia, la Humanidad y la Moral ganarían mucho con tenerlo.

Debieran ser todas las profesiones tan honradas y sinceras como lo son las de las bellas artes; ningún pintor, dramaturgo, músico ó escultor (plagios á un lado) que no merezca

la pública estimación, dentro de los gustos de cada época y de cada estilo, la sorprenderá con engaños y la defraudará en sus intereses; por el contrario, en la Medicina ocurrir suele con deplorable frecuencia que cuanto más ignorante y desmañado, más indigno y charlatán es el profesor, más estimación alcanza y mayores rendimientos obtiene.

El rodear la supuesta ciencia de impenetrables misterios, el embaucar con mentidos artificios aun á personas avisadas y de esclarecido discurso, el convertir la más delicada y sacerdotal de las profesiones en una especulación criminal y codiciosa, empresa es muy fácil á los charlatanes, y con estas artes, lo mismo buscan y encuentran clientela en los regios alcázares que en la desmantelada zahurda.

Para prevenirse contra este engaño necesita la sociedad muy superior criterio; y ya que en la parte doctrinal no haya medio hábil de que lo adquiera, pues la doctrina ha de ser

juzgada por los profesores mismos, salvo rarísimos casos, al menos en el ejercicio profesional de esta doctrina puede encontrar elementos de estudio que le sirvan de guía fiel.

Se trata, en fin, de conocer al médico como artista.

II

Medicastro con más ó menos rendimientos y pretensiones más ó menos comedidas, puede serlo cualquiera que haya recabado á fuerza de años ó de influencias la borla amarilla: médico en todo el valor científico y profesional de la expresión, no lo puede ser, no lo será jamás, sino aquel á quien la Naturaleza dotó de atributos para entender, á fuer de sabio, las profundidades de la doctrina, y para sentir, á fuer de artista, las delicadezas de la práctica.

Ciencia la Medicina menos exacta que las Matemáticas y arte menos estético que la Música, participa, sin embargo, en tal grado de ambas cualidades, que no sabemos de ninguna otra profesión que pueda comparársele bajo este aspecto.

Ya cuando empezamos á conocer sus enseñanzas y las primeras lecciones hieren nuestra imaginación, vemos á los maestros divagar prolijamente antes de llegar á definir si la Medicina es una ciencia ó es un arte, hasta que concluyen afirmando ser lo primero por sus inspiraciones y ser lo segundo por sus realidades.

Por esto el médico, como el literato, como el músico y como el pintor..., necesita desarrollar el sentimiento de lo bello, de lo delicado, de lo armónico, y formarse el arte de su expresión y de su *exteriorización* con tan exquisito gusto como pueda hacerlo quien haya de vivir consagrado al culto de las bellas artes.

Y no hay remedio: quien tal no consiga será un curandero titulado. jamás un sacerdote de nuestra profesión.

Se empieza á demostrar esta verdad desde los primeros pasos que da el estudiante de Medicina en su carrera: apenas comienza sus estudios le sale al encuentro la disección, y ya en esta asignatura se revela quién promete ser un buen médico y quién ha de ser toda su vida una calamidad.

Entrad una mañana en esa gran sala de San Carlos donde sobre mesas de mármol comienzan centenares de jóvenes alumnos á iniciarse en los misterios de la anatomía humana; vedlos trabajando sobre restos cada- véricos; venced la impresión de repugnancia que por vez primera suele despertar este cuadro, y sin más que fijaros en el esmero con que cada cual realiza su obra, deduciréis, con toda seguridad y al punto, quiénes prometen ser aventajados escolares y quiénes denuncian su condición torpe y atrasada.

Algunos sienten muy luego despertarse el espíritu de artista; y entonces, allá, en aquellas intrincadas regiones, pronto distinguirán sus ojos riqueza de colores, entre el escarlata de la fibra carnosa fuertemente oxigenada por el ambiente, el oro de la grasa, el azulado de la vena, el nácar del tendón y de la aponeurosis, el rosa del hueso fresco; y estimarán la pureza de la línea, deslindando contornos entre el torneado esqueleto, el ondulante vaso, el recto nervio, el abultado músculo...: y de esta suerte, mientras el escolar estudia los órganos, averigua sus relaciones y sus contactos, y fija en su mente los entrecruzamientos y complicaciones, su mano hábil va realizando maravillas de dibujo y de color sobre los despojos cadavéricos, haciendo que así se graben en el pensamiento, limpias, precisas y exactas, aquellas difíciles partes, como limpias, exactas y precisas van dejándolas al descubierto las pinzas y el escalpelo. Es decir, que aquella su destreza ex-

terna, nuncio fiel es de otra superioridad interna, por las cuales, pieza anatómica y pensamiento se compenetran en términos de que tanto resalta en la preparación el despejo mental del disector, cuanto se encarna en el espíritu la magnífica enseñanza que de su perfecta obra se desprende.

III

Tan exacto y seguro es lo dicho, que cuando, por caso excepcional, un individuo de facultades artísticas naturalmente pobres llega á ser alguna eminencia quirúrgica, no alcanza este rango sin que primero se despierte en él, por lo sostenido y machacón del estudio, una delicadeza manual especialísima á dicho punto concreto, ya que por la cortedad ó impotencia de su espíritu no logre aplicar á

otro orden de conocimientos la adquirida noción de la belleza.

Recuerdo, á este propósito, aquel mi inolvidable maestro el Dr. Velasco, por tantos y tan superiores atributos digno de la veneración de sus compatriotas, quien no teniendo buena noción del color ni de la línea, siendo incapaz quizás de distinguir un Velázquez de un cromo, no habiendo escuchado en su vida diez óperas, ni diferenciando una Venus de Milo de un barro de feria, sin embargo, cuando empuñaba pinzas y escalpelo y comenzaba la disección, cincelaba en el cádaver primores dignos de un Cellini anatómico, sorprendía á cuantos le contemplaban y acreditaba de justo aquel renombre suyo de ser tal vez el primer disector que España ha tenido en este siglo.

Crea esto un gusto especial que sirve para vencer lo aridísimo de la Anatomía; y sólo por él se ve á muchos alumnos entregarse con noble y provechosa delectación á un es-

tudio sin el cual sería imposible dar un paso firme en Medicina.

No olvidaré jamás, á este propósito, de aquellos mis tiempos de escolar una cierta ocasión en la cual, procediendo con esa peligrosa ligereza que en los estudiantes de Medicina es frecuente, sacamos á escondidas un amigo y yo, metida en un talego, la cabeza de un cadáver, la llevamos á nuestra casa y nos enredamos con fiero empeño en la preparación de los vasos y nervios de la órbita.

Pertenecía la cabeza á quien había sido un tifoideo; eran fuertes las emanaciones que desprendía, reducido y sin ventilación el gabinete de estudio, y sin embargo, embelesados con el descubrimiento y separación de aquel maravilloso juego de cintas musculares, rectas y oblicuas que tiran del globo ocular y explican sus rápidos giros, con el de aquellos robustos nervios y tenuísimos filetes y ganglios que constituyen uno de los más bellos enredijos de la inervación, con el de aque-

llos ricos plexos vasculares y elegantes almohadillados de grasa, donde todo ello descansa y se defiende contra violencias y estrujones, pasamos horas y horas, hasta que á las cuatro de la mañana, fríos, descompuestos y atacados de horrible dolor de cabeza, debido al tufo del quinqué y á las emanaciones de la preparación, nos tumbábamos medio locos sobre el lecho, sin reparar en el grave peligro que entrañaba una obra semejante.

IV

La nota más saliente de todo profesor que cultiva el aspecto quirúrgico de la Medicina ha de ser su destreza artística, y hoy esto se impone con más exigencias y concienzudos atildamientos que nunca.

Como que una de las revoluciones más

gloriosas y benéficas cumplidas en la Medicina, lo es la transformación del concepto y del manual operatorio, realizada en los cuatro últimos lustros.

Y esta revolución que ha traído, no ya disquisición de doctrina, no ya florecimiento y esplendor de hipótesis y teorías, no ya fárrago de discursos llamados á desaparecer por los nuevos puntos de vista de una ciencia que aparece siempre inquieta y mutable, sino adelantos serios, demostraciones imperecederas, códigos y preceptos persuasivos, los cuales han domeñado con el poder del Arte muchos padecimientos que se miraban como inatacables, cuando no eran ni siquiera diagnosticados, y se traducen por el único resultado hermoso y convincente que en nuestra práctica perseguimos: la conservación de miles y miles de vidas, antes fatalmente perdidas, y la cura de crueles dolores, antes sin remedio: esta revolución, que es uno de los más grandes y humanitarios progresos del

siglo XIX, que ha dado categoría científica á una práctica hasta hoy fundamentalmente empírica y que se bastaría á glorificar nuestro siglo, si otros descubrimientos portentosos no le acreditasen de tal con exceso, pues esta revolución ha sido casi fundamentalmente una revolución artística.

La Ciencia en cuanto doctrina, en cuanto ilustración fenomenal, ha venido á decir muy poco; sus enseñanzas se condensan en muy breves palabras, y fundamentalmente en lo que sigue: toda solución de continuidad en el organismo ocurre á su inmediata curación, si no se impurifican y envenenan las superficies cruentas.

Y el organismo nos ha dicho de su parte, de modo que no consiente duda: «Yo teniendo fatalmente á mi reposición, si no me profanáis la pureza química y biológica de mi sangre con gérmenes infecciosos locales ó generales: acuchilladme, mutiladme, penetrad sin miedo en las más sagradas cavi-
da-

des, removed las vísceras más delicadas, reducid en número y en intensidad mis funciones, asomaos hasta lo íntimo de la estructura cerebral palpitante... á todo me resigno, y con docilidad inquebrantable me veréis acudir á reparar pronto, con limpias cicatrices, vuestras injurias, siempre que me cumpláis lo siguiente: ser absolutamente puros en vuestros contactos, ser nobles en vuestras heridas y ser unos mecánicos racionales en vuestros empeños; en una palabra, sólo os pido que seáis artistas inspirados. »

Era antes el cirujano, por lo común, sucio, desatento, provocativo y rudo con el cuerpo, y los adelantos han venido á decirle:

— ¡Alto ahí! Así como para consagrar en el altar de los grandes misterios cristianos precisa, por modo necesario, que el alma esté pura y se prosterne con majestuosa unión ante el drama sacrosanto del Calvario, y cuando esto no ocurra, mejor que sacerdote, será un sacrílego impostor el oficiante;

así también para operar sobre el organismo más sublime del Creador precisa que el cirujano esté aséptico, que su maniobra sea esmerada y que su pensamiento se abisme en la grandeza de aquellas sublimes leyes fisiológicas por las cuales circula la vida en nuestras carnes; y cuando así no sea el cirujano, mejor que un digno apóstol de la Ciencia, será un grosero y responsable homicida profesional.

V

¡Con toda esta severidad y precisión ha llegado á expresarse el canon científico que inspira la Cirugía moderna!

Y es natural: por virtud de ello ha ocurrido que desde el escenario donde se cumplen los terribles dramas operatorios, hasta ese bagaje abrumador de ungüentos, bálsamos, aceites, hilas y trapos que antes había,

y ha sido barrido del arsenal para sustituirle con otros más esmerados, pulcros y eficaces medios, todo el arte quirúrgico se ha transformado.

Bastaba antes para que se tuviese por buen anfiteatro de operaciones, un local donde hubiese luz y espacio; hoy el anfiteatro es una construcción tan sabiamente concebida y ejecutada, que no hay resquicio de hueco, saliente de muro, naturaleza de material... que no hayan sido objeto de un detenido análisis y aconsejados por una razón imperativa. Brillan sus impermeables paredes y ensolados por cuidadosas limpiezas; relucen pendientes del techo ó á las paredes sujetos, depósitos diáfanos con disoluciones antisépticas; decoran sus lienzos estufas esterilizadoras y armarios refulgentes donde se guardan los paquetes de un niveo y desengrasado algodón en rama; las gasas antisépticas, los hilos de catgut y de metal sumergidos en ya depurados líquidos, los costosos instrumen-

tos de resplandecientes y afilados metales...; recorren el espesor de sus muros los caloríferos y tuberías que han de mantener el ambiente ventilado y á temperaturas fijas; sanean el subsuelo desagües perfectos...; en una palabra, el anfiteatro se ha convertido en un organismo delicado, donde por todas partes el cirujano siente como el conjuro de la Ciencia que le grita con angustioso acenso: « ¡Cuidado! ¡Cuidado! »

VI

Fuera tarea larga traer á cuento en este sitio los bellos horizontes, las felices novedades y los increíbles atrevimientos con estas artes promovidos; como el buzo, seguro con su escafandra, se ha lanzado resuelto á conocer el fondo de los mares y á explotar sus riquezas, así el cirujano, confiado en la ase-

sia, se ha lanzado á empresas maravillosas y ha puesto su mano en el cerebro, trepanando el duro estuche del cráneo, y hase atrevido con los pulmones, y no ha dejado en el vientre víscera con la que no se propasara.

¡Oh, la cirugía abdominal, cuán asombrosos y estupendos adelantos ha tenido!

Hay en el vientre una dedicadísima membrana que cubre por igual una tras de otra, con ingeniosas envolturas, todas y cada una de las vísceras, como esas blancas y sagradas túnicas de purísimo cendal visten por igual á todas las vírgenes de un templo: es el peritoneo.

Su disposición, sus pliegues y repliegues, sus avances y reflexiones, que en un principio se comprenden con dificultad suma, fueron admirablemente descritos por Bichat—aquel divino genio, orgullo de la Francia, quien al morir antes de cumplir los treinta y un años (22 de Junio de 1802), había arrojado ya al porvenir con sus inmortales obras y sus lec-

ciones en el Hôtel-Dieu la semilla de la moderna Fisiología y de la Anatomía general, las cuales han abierto nueva etapa á la vida de la Ciencia.

Pues bien: esta membrana, que por prodigioso modo resulta ser para las vísceras lazo que sujeta, blanda que aísla, capa que protege y untuosidad que resbala, era tenida antes por uno de los órganos más irritables, más mortíferos y más sagrados del cuerpo, y ha concluído por entregarse sumisa á estas conquistas del cirujano.

Y seguro es que si ella hablase, habría de hacerlo condensando en estas frases su conducta:

—Rájenme de extremo á extremo vuestras manos, y en tanto sean las de caballero correcto y atildado, habréis de verme inofensiva; pero tan sólo me pellizquen á guisa de villano, os responderé implacable con la muerte.

Porque esto y no otra cosa supone lo que

llamamos en nuestro tecnicismo una *peritonitis séptica*.

Nada crispa los nervios y subleva el ánimo como ver la torpeza peligrosa y la grosería inhumana donde debieran brillar la habilidad y la dulzura.

VII

¡Y luego, la terrible crítica de unos médicos contra otros!

La codicia y su natural temeridad habían comprometido cierta vez á un atrevido y desmañado profesor en la muy arriesgada extirpación de un tumor profundo del cuello. Arrepentido, aunque tarde, procuraba ya con angustias y trasudores dar á la maniobra un fin que había de serlo también para el paciente.

— ¿Recuerda usted algo semejante? —

preguntaba uno á otro profesor de los que presenciaban la operación.

—Sí—respondió—; las angustias que Macauly pinta en aquel pobre diablo de Keth, verdugo de la Torre de Londres en tiempos de Jacobo II, cuando no podía acabar la decapitación del hijo bastardo de Carlos II.

Dícese que las cinco guineas que le había dado el Duque de Monmouth antes de poner su cabeza sobre el tajo, y el oro que le ofreció para después si le mataba pronto y con habilidad, le enredaron en tan atolondrada y horrible faena de hachazos y cuchilladas, que indignaron al pueblo.

Otro día veíamos en la clínica de un hospital á un renombrado cirujano, conocido por su brusco trato y crueles sentimientos, golpear con violentos achuchones á un infeliz que se retorció porque una defectuosa cloroformización no lograba anestesiar los dolores de la maniobra reductora.

— Créame usted, amigo D. Fulano — se

atrevió á decirle con jovial y cariñosa confianza un desahogado comprofesor —; de las muertes que tienen para sus reos los pueblos orientales, entre que le aplaste á uno la cabeza la mano de un elefante sagrado, como en la India, igual que se estruja de un piso-tón una uva; ó le cuelguen con un cordón de seda, como en los palacios de Constantino-pla; ó le revienten con varitas de perfume, como en Siam, prefiero las dos últimas muertes.

Por lo demás, pensar debemos en que los atenienses Harmodio y Aristógiton, que mataron al tirano Hiparco, en el Cerámico, con puñales envueltos en mirto, fueron unos asesinos muy artistas, que merecieron de sus áticos compatriotas les erigieran estatuas en la plaza pública y cantaran sus hazañas en los banquetes.

VIII

Creerán algunos que el médico no operador puede eximirse de las consideraciones apuntadas en los anteriores artículos, y sería esto un grande error: el médico, siempre, y en toda ocasión, necesita poseer un temperamento de artista, porque la índole de su doctrina y el modo de aplicar las enseñanzas de ésta al reconocimiento del enfermo y á la interpretación de los síntomas lo están pidiendo, con el fin de que la Ciencia sea verdaderamente luminosa, y la intervención curativa del profesor resulte lo más eficaz posible.

Si la Medicina fuera una ciencia exacta de leyes fijas, de manifestaciones evidentes y en series bien determinadas, puestas al alcance de cualquiera observador, todos los profesores, ante el problema que un enfer-

mo entraña, discurrirían de un semejante modo, como cien matemáticos resuelven por igual un problema algebraico, cien físicos repiten el mismo experimento y cien químicos obtienen idéntico precipitado; pero como la Medicina es en grado extremo casuística y por ello siempre en desarrollo, como ante cada enfermo surge en el pensamiento del médico un hervidero de discursos y de dudas no detallados, sino referidos genéricamente en los libros, los cuales discursos hacen de sus cavilaciones una doctrina subjetiva, sometida á las luces que promueve un chispazo de la inspiración, el sentimiento de una sospecha, la sugestión de algo nebuloso, indeterminado, pero que tiene quizás más valor que todo aquel conjunto de síntomas escandalosos y alarmantes que procuran subyugar el pensamiento del profesor y llevarlo á juicios equivocados, de esto se desprende que el médico puro, aun discurriendo sobre las fuentes, alcances y remedios de una infec-

ción, ha de mostrarse tan eximio artista como un primoroso oftalmólogo durante la delicadísima y coquetona maniobra de extraer una catarata.

¡Cuántas especialidades médicas requieren esta flexibilidad y gallardía del espíritu como una de las primeras cualidades del profesor! La Frenopatía, meditando sobre los trastornos de la razón humana; las neuropatías, escudriñando los desarreglos del sistema nervioso; todo ese infinito campo de los padecimientos histéricos de la mujer, donde tan delicada y maravillosa influencia ejercen las ternuras y bizarrías de la sensibilidad; los reflejos y consecuencias de esa vida moral que derrota y aniquila nuestros organismos y agita las sociedades modernas con una combustión precipitada de la vida — cual si fueran las ciudades verdaderas Quiquendonas oxi-hidrogenadas —, desgaste que ha descrito concienzudamente el Dr. Letamendi, uno de los médicos más artistas que han vis-

to la luz de nuestra patria, en su bello trabajo titulado *El pro y el contra de la vida moderna*, esto todo jamás será debidamente comprendido ni tratado por quien no hermane profundidad de conocimientos con esmeradas vibraciones de la sensibilidad.

Allá, durante el glorioso siglo de Pericles, aparece la leyenda hipocrática donde despuntan los albores históricos de nuestra ciencia, y en aquel interesante relato de anécdotas se cuenta que Hipócrates, acompañado de Euryfon, médico de Gnido, marcha, por decreto público, á visitar á Perdicas, Príncipe de Macedonia, quien muere de enfermedad consuntiva. Colocado este joven cerca de Fila, favorita de su padre Alejandro, observa el ilustre médico en el fulgor de sus ojos y en el rubor de sus mejillas el reactivo de una pasión jamás descubierta, y declara al Rey que su hijo muere de amor.

Vaya otro caso:

Aquel afamado catedrático que diera en la

melancólica Leyden tan grande impulso á la Medicina clínica, y á quien se enviaran cartas desde Asia, sin otra dirección que la de « A Boerhaave, en Europa », acrecentó su fama cuando, llamado para remediar la epidemia de ataques epilépticos que se desataba entre las niñas del Hospicio de huérfanos de Harlem, apenas una de ellas caía al suelo con la convulsión, mandó tener dispuesto un hornillo con fuego, y sacando de él, en ocasión oportuna, un cauterio que arrojaba chispas, lo blandió en el aire y cortó la propagación, gritando con voz amenazadora:

— ¡A la niña que sufra de accidentes le taladro el brazo con este hierro hecho ascuas!

¿Dónde y cómo se diferencian en ambos casos la Ciencia y el Arte?

Para preguntar, para ver, para explorar con aparatos, para discutir, para recetar, para asociarse al dolor ajeno, para consolar, para eludir responsabilidades injustas..., para todo, necesita el médico de la inspiración del Arte.

Por ello creo que con grande acierto y belleza se expresaba mi amigo el Dr. Cortezo, cuando decía en su discurso de ingreso en la Academia de Medicina hablando del remedio: «Este acto intelectual que detiene el progreso de la enfermedad ó la anticipación de la muerte, ni es una operación de cálculo infalible, ni es la aplicación de un proverbio tradicional: tiene algo, si no mucho, del movimiento inspirado y espontáneo que guía un toque de pincel, un golpe de buril ó el efecto de una combinación armónica.»

IX

Malos para todos y malos hasta para nosotros mismos somos cuando hemos descuidado el cultivo de la Estética; desventurados los discípulos y oyentes que han de escuchar á quien negó la Naturaleza el arte de la pa-

labra, y desventurados los que hemos de aprender en libros de autores privados del arte de la escritura.

Son las doctrinas de la enseñanza como son los alimentos de la cocina, buenos ó malos, agradables ó desagradables, según el arte culinario con que se sirven.

Bellos por sí, y constantemente, son desde los más bizarros conceptos de la Fisiología hasta las más sutiles preparaciones anatómicas de los tejidos, y con ellos puede extasiarse el ánimo en tanto recoge sus provechosas enseñanzas; sólo el arte desmañada y el inculto gusto de adocenados profesores logran que los alumnos mejor dispuestos huyan de su estudio cansados y confundidos, como aparta la vista con horror y el estómago con asco, de un desdichado guiso, el comensal mejor dispuesto á gozar de los placeres de la mesa.

Nadie sabe, ni calcular puede, lo que han contribuído á elevar la cultura médica en ge-

neral las obras de los Claudio Bernard, los Trousseau, los Jaccoud, los Virchow... y otros esclarecidos médicos extranjeros, que supieron hermanar el arte de la expresión y el conocimiento de la doctrina. ¡Y nadie sabe lo que han arriscado y embrutecido el pensamiento médico español, muchos autores de malas obras que han ocupado nuestras cátedras!

Inútil es decir que ni el amaneramiento, ni la afectación, ni el artificio retórico indiscretamente empleados, pueden constituir jamás un buen arte; el cual, si ha de ser delicado y exquisito en todo caso, ha de serlo más aún en negocios de la Medicina. La conjunción de lo ético y de lo estético admite muy variadas expresiones y formas, y si no debe desconocerse que impone muy sobrios procedimientos una profesión de la cual se ha dicho sentenciosamente: « Ver á un médico reír es cosa que hace llorar », tampoco se debe olvidar que aun tratándose de la rama más



ingrata de la Medicina, la Anatomía, se viene diciendo desde Vesalio por todos los médicos, que un buen tratado de Anatomía humana es el más sublime canto y la oración más fervorosa que se puede elevar á la Providencia.





LA DOCTRINA BACTERIOLÓGICA

I



A *Influencia de la Bacteriología en la Terapéutica*, es la tesis que ha desarrollado, con la brevedad que la índole del acto requiere, el ilustrado Dr. Cortezo para su recepción en la Real Academia de Medicina (1), y hemos de comenzar afirmando que no ha escogido nuestro querido amigo con verdadera independencia el tema de su discurso. ¡Ah! ¡Podemos asegu-

(1) El 8 de Noviembre de 1891.

rarlo sin miedo á error: la magnificencia del asunto le ha seducido y su transcendencia le ha embargado! Quien como él sepa mirar desde las alturas el soberbio espectáculo de la Medicina actual y guste de aplicar su atención á los movimientos que realiza la totalidad de la Ciencia en vez de contraerla al de limitados puntos, no puede decir, no, que escoge el tema de la doctrina bacteriológica, sino que ha de reconocer en justicia que ella, con el opulento cambio de sus productos, y la vertiginosa actividad de su pléyade de investigadores, y los asombrosos vuelos de sus propósitos, y las deslumbradoras bellezas de sus enseñanzas, y la inquieta transformación, en fin, de ese monstruoso kaleidoscopio científico que con pequeñas partículas organizadas tan prodigiosos y variadísimos cuadros produce, que ella con todo esto, sí, actúa sobre el espíritu á manera de un conjuro sobrenatural que hipnotiza la voluntad más firme y precipita al crítico más severo tras la magia

incontrastable de una de las revoluciones más fecundas y maravillosas que ha realizado la Medicina en el transcurso de los siglos, precisándole á ocuparse de ella, sea para aplaudirla cual ferviente sectario, sea para condenarla como airado censor, pero en todo caso para rendirla el tributo de nuestras más profundas cavilaciones y de nuestros más heroicos esfuerzos.

II

¡Bendita doctrina bacteriológica, y cuán subyugados tiene hasta nuestros más tímidos y sencillos pensamientos!

Jóvenes aún, en el grado de que apenas las primeras canas comienzan á blanquear nuestras sienes, cuando convertimos el pensamiento á ese próximo pasado de la Medicina, del cual hemos sido testigos durante el

fugaz transcurso de muy pocos años, sentimos como vahidos de aturdimiento y de asombro al considerar la extraordinaria epopeya que representan el modo y la prontitud con que se ha enseñoreado de la Ciencia la fecunda doctrina parasitaria.

Lo recordamos muy bien: durante nuestro paso por las aulas imperaban en la enseñanza los últimos dejes de ya caducos sistemas y mostrábase en todo su vigor una doctrina nacida también entre las investigaciones del laboratorio; Liebig y Mialhe dejaban oír todavía su voz ya debilitada en defensa de un humorismo que fomentaron al calor de su ilustrada química; y con grandes bríos arrebatában nuestra imaginación, presentando dilatados y bellos horizontes á los caóticos problemas de la litogenesis patológica, las sabias y luminosas disertaciones del antiguo catedrático de la histórica Wurzburg, las cuales, constituyendo un conjunto armónico de observaciones hechas en el laborato-

rio y de conceptos sobre ellas discurridos por superior inteligencia, formaban la llamada teoría celular.

Brisas plácidas de juventud acarician nuestro pensamiento cuando recordamos aquellas inspiradas lecciones sobre la célula, tenida por elemento fundamental activo del organismo; sobre aquella organización social de este principio anatómico, que constituía el cuerpo; sobre las distintas formas de irritación funcional, nutritiva y formadora, á las cuales superaba como un más complejo fenómeno la inflamatoria, y sobre aquellos trabajos degenerativos y aquella división celular, origen de las neoplasias; todo lo cual, coronado por el famoso lema *omnis cellula e cellula*, era una primorosa urdimbre de filigranas histológicas que, rebasando de los campos de la Anatomía, procuraba tan sólo llevar su influencia á los dominios de la Fisiología y la Patología.

Pero ciertamente que cuando á través del

tiempo y de posteriores y más grandiosos acontecimientos se recuerdan aquellos afanes nuestros, reconocemos que eran como chispazos de una época de transición, como indicios reveladores de un grande acontecimiento quizás próximo, pero que no bastando á imprimir un cambio radical á la Ciencia, no lograban desviar el pensamiento de los profesores del culto á las doctrinas del francés Trousseau, del inglés Graves y del alemán Niemeyer, quienes venían á ser, según el gusto y los alientos de sus partidarios, los mejores intérpretes del buen sentido clínico en sus patrias respectivas y los más fieles herederos de la tradición hipocrática.

III

Sin embargo, ya por entonces extraños acontecimientos fijaban, de vez en cuando, la atención de los sabios sobre ciertos estu-

dios y determinadas personas, de modo que podría decirse apuntaban los tímidos albores del día espléndido que no tardaría en romper.

Propicios todavía muchos cerebros á estimar como exacta aquella fórmula de Van Helmont que servía para producir ratones en un puchero con granos de trigo y ropa sucia, y vigorizando Pouchet la doctrina de la generación espontánea con experimentos que denunciaban un desarrollo estimable en los procedimientos para la demostración positiva, el ilustre hijo de Dôle — quien, por el estudio de los fermentos láctico y butírico, acometiera el problema de la relación fatal entre la acción química de las descomposiciones y la presencia de seres microscópicos — dió aquella famosa lección de la Sorbona (1864), ante inmenso público de damas, sabios, filósofos, sacerdotes..., donde con el rayo de la luz solar, que tan perfectamente denuncia los apretados remolinos de esos incalculables pequeños cuerpos que flo-

tan y voltean en el ambiente, rebatió cuanto Pouchet había pretendido demostrar, y acreditó la doctrina de los fermentos vivos que venía desarrollando.

¡Notabilísimos, por cierto, son los hechos y los hombres que de diferentes puntos y en breve tiempo vinieron á predicar la buena nueva! El gran Pasteur primero con su estudio sobre los vinos, después escondido en el pueblecillo de Pont-Gisquet, en un apartado retiro de Cevennes, entre moreras que cubren los anfiteatros de montañas, persiguiendo con sus ayudantes los Duclaux, los Gernes y Maillot las enfermedades que mataban á los gusanos de seda y arruinaban una industria riquísima de la Francia, y abordando más tarde con toda resolución y con procedimientos experimentales sorprendentes la doctrina de los virus, conmovió á un mundo entero y comprometió á los genios más fecundos en el apostolado de su religión.

Poco tiempo había transcurrido, y ya el

venerable y discreto Bouley, estupefacto ante las comunicaciones sobre la atenuación de los virus, decía con cierta inspiración profética, deslumbrado su cerebro, próximo entonces al reposo de la sepultura: « Una doctrina nueva se alza para la Medicina, y esta doctrina me parece potente y luminosa; yo la espero con la confianza del creyente y con el celo de un entusiasta. » Tyndall escribía á Pasteur, y le decía: « Por vez primera tenemos el derecho de alimentar la esperanza segura y cierta de que, relativamente á las enfermedades epidémicas, la Medicina se verá muy pronto libre del empirismo y colocada sobre bases científicas reales. » Lister, allá en aquella Atenas escocesa donde diera á luz su revolucionaria doctrina el desequilibrado genio de Brown, por tantos puntos semejante á Paracelso, es decir, en la hermosa y sabia Edimburgo, lanzaba al público la brillante serie de sus éxitos quirúrgicos, que habían de transformar por completo la Ciru-

gía; Traube, en Alemania, sostenía la tesis de que la orina cargada de moco no podía descomponerse por una fuerza química propia, según decía Liebig, sino que eran precisos gérmenes sépticos; Guyon, en París, llevando á la clínica las consecuencias de las predicciones de Pasteur, declaraba que las disoluciones bóricas al 3 y al 4 por 100 eran ya los lavatorios obligados de la vejiga en su clínica; en tanto que los viejos descubrimientos de Rayer y Davaine en 1850, sobre los cuerpos filiformes que se encuentran en la sangre de los animales afectos de carbunco y se reproducen por escisión, venían á ser sacados del olvido y los enriquecía Koch con el descubrimiento de los brillantes esporos... etcétera.

De esta suerte, muy pronto las ciencias biológicas acogieron la doctrina con entusiasmo, ejército de investigadores se lanzó, con la excitación y la fe de los iluminados y con el heroísmo de los creyentes, á explorar

de todos los modos posibles el nuevo mundo cuya existencia y poder habían sido puestos al descubierto. Se cumplió aquella sentencia del físico Robert Bayle, el cual dijo que daría muy justa explicación de los diversos fenómenos morbosos quien pudiera conocer á fondo la naturaleza de los fermentos y de las fermentaciones; y así como en la religión bendita del Calvario vinieron á cumplirse las profecías de los Santos Profetas y las de las antiguas escrituras, así también aquí encontraron su demostración las predicciones antiguas sobre los contagios por miasmas, las cuales representaban el verbo de la ciencia histórica, y se justificaron aquellas preocupaciones del vulgo sobre los envenenamientos epidémicos, las cuales eran como la divina expresión del misterioso instinto de la Humanidad, inspirada por las tremendas crisis de sus apocalípticos desastres y de sus incurables sufrimientos.

IV

No recuerda la Historia ejemplo de otra doctrina que, siendo tan fecunda, se haya difundido tan pronto y con tantos bríos, haya sojuzgado en el grado que ella todas las instituciones fundamentales de la Medicina, y hasta haya influido en todos los conocimientos de las ciencias biológicas. A manera de lo que ocurre en esos poemas sinfónicos, cuando durante el curso de la composición cualquier instrumento deja oír con tímida voz un precioso motivo musical, el cual, por la magia de su dulce canto, parece que va fascinando á los demás instrumentos y metiéndolos en el tema, hasta que, dueño absoluto de la masa orquestal, la esclaviza y arrastra á un concertante magnífico de estruendosas sonoridades, producidas por el

canto supremo de todas las voces, como si todas por igual se sintieran arrebatadas de un sublime frenesí y trataran de enronquecer y de morir tras delirante esfuerzo por expresar una pasión infinita; así también hemos visto en breve tiempo cómo la Física, la Química, la Anatomía, la Fisiología, la Patología en todos sus diferentes aspectos, la Terapéutica y la Higiene, es decir, el total concierto de las ramas de la Medicina, han acudido á la mágica evocación de esta panspermia, para crear en conjunto un nuevo aspecto en el grandioso poema de la Ciencia.

Por virtud de esta transformación, los pueblos civilizados vieron construirse á escape un sinnúmero de palacios para laboratorios — algunos de ellos debidos al entusiasmo de públicas suscripciones —, cuyos espaciosos departamentos llenaban barricadas de ingeniosos y bizarros aparatos, donde el transparente cristal y los bruñidos metales encerraban estanques de microbios, de los

cuales, formas, vida, reproducción y desdoblamientos se perseguían con incansable afán; la Química orgánica enriquecía sus campos de estudio con un número incalculable de protoplasmas y de productos por ellos elaborados, siendo muchos tóxicos de asombrosas é inconcebibles energías; un opulentísimo lenguaje de nuevas palabras venía á transformar la expresión de la Patología, y una nueva técnica de manipulaciones delicadísimas lograba producir inesperados artistas de laboratorio; aquella ciencia social que había condensado su doctrina en unas cuantas páginas y atendía á la salubridad de los pueblos, la Higiene pública crecía en proporciones gigantescas, daba á sus predicciones sólida base científica, y desde los tímidos consejos saltaba briosa y confiada hasta la legislación de sus creencias, á la par que los altivos Parlamentos un día entregados al menosprecio de la Medicina, convertían sus leyes y discursos á la glorificación

de nuestra ciencia y al premio fastuoso de nuestros hombres; muchas fuentes de la riqueza pública, como la Sericultura, la Vini- cultura, la Ganadería..., acudían sumisas á solicitar sus informaciones y á cumplir sus mandatos; la ciencia tradicional, casi humi- llada, veíase preterida lo mismo por el genio médico que no se estimaba suficientemente engrandecido cuando no asociaba su nombre al descubrimiento de algún nuevo bacterio, como por los monstruosos Congresos inter- nacionales, adonde acudían miles de profes- ores ávidos de discutir la doctrina parasitaria ó de conocer sus inesperadas revelaciones; y avanzando en esta sin igual conquista, insa- ciable en sus deseos y poderosísima en sus atrevimientos, ya en el parasismo de su exal- tación, que le hacía exclamar sin descanso: — ¡Adelante! ¡Adelante! — llegó hasta pro- fanar lo más sagrado; y entonces, aquella doctrina que había comenzado siendo arro- yuelo juguetero y trivial cuando Pasteur cu-

rioseaba el fenómeno de la influencia de la disimetría molecular de los dos ácidos tártricos en relación con la vida de un sér microscópico; que aparecía torrente crecido cuando con originales experimentos acerca del cólera de las gallinas había acometido con arrogancia el conocimiento de la influencia de los medios físicos externos en el desarrollo íntimo de las infecciones morbosas; que se mostraba ya río caudaloso y profundo cuando llegó á imponer sus consejos en la Terapéutica y á regimenter curas y tratamientos, revelóse al fin como desbordado mar que destruye los diques, inunda las campiñas y todo lo cubre con sus olas, cuando ya, en medio del entusiasmo loco de las ciudades unas veces, y con ayuda de costosas y largas peregrinaciones á través de los pueblos y de los continentes otras, miles y miles de humanas criaturas, á todas las clases sociales pertenecientes, en su mayoría enteramente sanas y compelidas por su fe en la

Ciencia, recibieron en lo íntimo de sus carnes los venenos del cólera y de la difteria inyectados en 1884 y 1890 por manos de Ferrán en España, los de la fiebre amarilla en 1884 por las de Freire y Carmona en Río Janeiro y Méjico, los de la rabia en 1885 por las de Pasteur en París, y los de la tuberculosis en 1890 por las de Koch en Berlín.

V

Quiero ser franco: si todo poder absorbente y tiránico, si toda omnímoda influencia que oprime y monopoliza con incurable obesión es por sólo esta cualidad condenable, vaya mi condenación inclemente y fiera contra una doctrina que ha superado en tal sentido al naturalismo de Hipócrates, al dogmatismo de Galeno, al alquimismo de Avi-

cena, al vitalismo de Barthez, al humorismo, solidismo... y todos los sistemas médicos conocidos.

Pero ¡entiéndase bien! si en la doctrina bacteriológica hemos de ver algo más que esto, y entre ello los nuevos y feraces campos abiertos á la actividad de los hombres, la fe y el entusiasmo infundidos á todos esos seres que desfallecieron en la lucha contra los difícilísimos problemas del dolor y de la muerte, la sacudida violenta dada á los perezosos llamándoles al trabajo, la conjunción en los estudios de todas las ciencias experimentales para aplicarlos á los intereses de la salud humana, la fiebre de investigación persiguiendo una á modo de alquimia biológica en su afán de encontrar la piedra filosofal de las inoculaciones preventivas ó el elixir vital de las desinfecciones intraorgánicas, los cuales podrá ó no conquistar en definitiva, pero que servirán para hacer importantísimos descubrimientos, como los produjeron las ruino-

sas y desatentadas manipulaciones alquímicas de los sabios hijos del Profeta, entonces bendigamos esta doctrina, porque, sean cuales fueren sus desaciertos y exageraciones, sean cualesquiera su soberbia y tiranía, el día en que sufra la suerte de todo lo que vive, y caigan en el descrédito sus pretensiones, y ruede por el polvo el estandarte donde se ostentan esos lemas que tan hermosas esperanzas y tan inagotables actividades promueven, aquel día podrá verse que ha dejado mucho y muy bueno á favor de la herencia de inmutables y sólidos conocimientos que la Medicina va acumulando poco á poco, con el transcurso de los siglos y con el sufrimiento de las generaciones.

VI

Gústanos por extremo el criterio médico planteado y defendido por el Sr. Cortezo, el cual se ajusta muy bien al reposado y experto discurso que debe reinar en corporaciones como la Real Academia de Medicina: la clínica y el laboratorio han de marchar unidos necesariamente para que la obra sea útil y razonable. Por loco de atar, indigno de arrojar su mirada sobre el más mísero coccus, tendremos á quien piense que los oscurísimos problemas de la organización humana, al menos en sus relaciones con la Medicina, pueden acometerse y resolverse prescindiendo de la clínica: hay en esos laboratorios misteriosos de nuestros tejidos, donde operan fuerzas y reflejos en su mayoría ignorados, tribulaciones tan impenetrables de la materia, que quien crea haber sorprendido

á la perfección el determinismo de un fenómeno en el campo del microscopio, en las alteraciones de un cultivo, en los desdoblamientos de un precipitado ó en las torturas de un animal, se encontrará no haber obtenido adelanto, ni descubierto cosa alguna de provecho, cuando someta sus cavilaciones á la piedra de toque del organismo humano, como sería incapaz de acertar con el verdadero sentido de un discurso el cajista que tomara al azar de la composición de una plana unos cuantos caracteres, y juntándolos caprichosamente pretendiera conocer lo que expresa el texto.

Pero deseo decir asimismo: que tendencia tan dañosa es la de los escépticos del laboratorio, como pueda serlo la de los escépticos de la clínica: el laboratorio trae á la Medicina medios de análisis y de investigación, y si pecábamos de ignorantes por carecer de ellos, y si nuestra ciencia se había paralizado porque los medios antiguos habían caído en

el cansancio y en la impotencia del agotamiento á través de muchas generaciones, como tierra esquilhada por el exceso de su producción, ¿quién es tan insensato que se niegue á escuchar con interés y á mirar con cariño las revelaciones de los nuevos procedimientos?

¿Que nuestros grandes empeños terapéuticos no han logrado aún de la Bacteriología su apetecida satisfacción, se dice? ¡Bueno fuera que á estas fechas hubiéramos ya resuelto la desinfección de los tejidos y humores, el aborto de los procesos morbosos agudos, la extinción del cólera, de la tuberculosis, de la fiebre amarilla y demás enfermedades semejantes! Si tal ocurriese, no sabríamos si, por exceso de éxito, la Humanidad estaba de enhorabuena ó de pésame. Cuando se juzgan estas arrogantes pretensiones con la benevolencia con que se deben juzgar las debilidades de la aspiración humana, procede no perder de vista que toda doctrina que

lucha necesita el estímulo de grandes ideales; aquel conocido precepto de Maquiavelo que mandaba apuntar alto para que la flecha tocara al descender en el lugar apetecido, se aplica igualmente á las empresas más abstrusas de la Medicina que á los cálculos más perfectos de la Balística moderna; y mientras la Terapéutica científica va curándose de añejas preocupaciones, limpiando el campo de embarazos inútiles, cuando no perjudiciales, discurriendo y repasando procedimientos más aproximados al que ha de gozar de la suma eficacia y perfección, una espléndida primavera nacida al calor de esta doctrina llena los áridos campos de la patogenesia con la exuberancia de una rica savia y con la alegría de vistosas florestas, aplicando de esta suerte bálsamo consolador á uno de los mayores afanes del sabio, la impresión de novedades, y á uno de sus más severos destinos, el de caminar siempre, cual otro Judío Errante, en busca de lo desconocido.

Bajo este concepto hemos ganado, sin duda, con las doctrinas modernas. Error por error, estimo preferibles — y permitidme que para tales declaraciones me exprese individualmente —, estimo de mayor alcance y más propias de una humanidad desarrollada muchas hipótesis del día que sus equivalentes de la antigüedad, como me parecen reveladores de un pueblo más culto los juguetes infantiles de hoy que los de hace medio siglo, aunque unos y otros resultaran á una crítica severa chirimbolos que merezcan por igual ser arrojados al fuego. Me libraré mucho de afirmar que en todo hayamos ganado así; mas, por ejemplo — y cito este punto como pudiera citar cualquier otro —, cuando yo recuerdo aquella doctrina de la crisis de las enfermedades agudas y de la inmunidad consecutiva, explicada por la entidad más ó menos incorpórea, consciente y sabia, llamada fuerza medicatriz, y la comparo con las doctrinas humoristas y solidistas nacidas al

calor de la doctrina bacteriológica, presumo que somos menos inocentes, un poquito más curiosos y avisados, lo cual, aun dentro de un error absoluto, júzgolo siempre como un estado algo superior de nuestro espíritu científico.

VII

El capítulo de la inmunidad natural y adquirida es hoy uno de los más interesantes de la Patología y uno también de los que más elocuentemente ponen de manifiesto la enorme cantidad de trabajo realizado y de ingenio discurrido por los investigadores á fin de llegar al conocimiento de tan misterioso estado del organismo.

Aun prescindiendo del estudio de las resistencias celulares, en el cual todo solidista de pura raza encuentra atmósfera donde dar

vuelo á sus aficiones sistemáticas, y contrayéndonos á los estudios sobre la sangre, vemos en el día abrirse diferentes derroteros por donde encaminan sus iniciativas los investigadores celosos, ya se admita, como lo hace Adami, de Cambridge, que la fagocitosis y la composición química del suero sanguíneo entrañan — cuándo una, cuándo otra — la explicación de tan transcendental estado, ya se prefiera una sola de dichas teorías con sujeción á los resultados de los análisis y experimentos.

La doctrina de la fagocitosis, que sostienen muchos esclarecidos médicos y acreditan, al parecer, numerosas enfermedades, de no ser cierta, es, cuando menos, una bizarra creación del microscopio. Porque no cabe duda sobre que aquella voracidad de los fagocitos cuando digieren las partículas virulentas que han englobado en su protoplasma — acción promovida, ya por una sensibilidad especial que desarrollan, según Metchnikoff, frente á

todos los cuerpos extraños y es semejante á la de los zoospermos de los mixomicetos, ya, según Massart y Bordet, por los productos segregados por los microbios — y sobre que este ejército de defensa orgánica que aparece en los momentos necesarios y libra curiosas batallas sometidas en su estrategia y en sus resultados á leyes íntimas que parecen como dejarse entrever, forman una de las más gallardas teorías que han nacido al esfuerzo de la investigación, y también una de las que mejor armonizan con las leyes generales de la vida, la cual es evidentemente el resultado de una lucha.

Pues no menos interesante es, de su parte, la doctrina que hace radicar la inmunidad en las llamadas por el Dr. Hankin proteínas defensivas, ó en otras sustancias existentes, ya de un modo natural, ya producido por inoculaciones preventivas de virus atenuados; doctrina á la cual acreditan lo mismo aquellas infecciones curables, como el carbunco pro-

vocado, por ejemplo, donde Lubarsch, Behring, Brauk y otros no han encontrado fagocitos, que aquellas otras infecciones, como la tuberculosis, la septicemia de las ratas..., las cuales determinan la muerte á pesar de producir una intensa fagocitosis.

Esta doctrina de la existencia de sustancias protectoras en los líquidos orgánicos, ideada por Chauveau y Toussaint, y afirmada cuando se demostró la acción bactericida del suero sanguíneo, ofrece amplísimos campos de exploración á la Química orgánica, lo mismo que se la considere en las proteínas de Nenki, que en las zozinas y filaxinas de Hankin, como en los variados y delicadísimos estudios de Bouchard, Buchner, Stern, Guderlen y otros muchos que hacen plausibles esfuerzos por aclarar tan principal capítulo de la Patología. Conózcanse todos estos trabajos, medítese sobre el fundamento de ellos y los resultados posibles de sus descubrimientos, y dígase si ciencia que con tan

luminoso talento y leal solicitud persigue la verdad, aun no consiguiéndola, vale menos que aquellas huera y altivas disertaciones sobre seres ontológicos, quizás discurridas sin esfuerzo entre los regalados sesteos del gabinete.

VIII

Yo no me cansaré de afirmar que como venero á mis padres, que tan espartanos sacrificios practicaron por hacerme feliz y por hacerme bueno, amo y venero á mi época histórica, que tan magnífica epopeya realiza por mejorar la salud y la dicha de los hombres, y amo á esta doctrina parasitaria, alma de la Medicina de mi tiempo, cuyos errores serán infinitos, cuyos atrevimientos serán muy graves, cuyas petulancias serán muy reprensibles, pero de la cual pienso,



que así como Cristo perdonaba todos sus pecados á la Magdalena por lo mucho que había amado, así ella merece el perdón de sus extravíos por las nobles pasiones que la impelen y por los grandes heroísmos que practica para satisfacerlas.

En lo demás, ni ahora ni jamás la Medicina, sean cualesquiera los tiempos, las doctrinas y los sabios que lo intenten, conseguirá para la Terapéutica aquellos urgentes y abundantísimos adelantos que persigue; y esto obedece, no sólo á que se cumple así un superior designio que quizás no deba tener otro distinto cumplimiento, no sólo á que el suelo que remueven nuestras manos, ensangrentadas ya por lo sostenido del esfuerzo y lo duro de la resistencia, es como ningún otro de impenetrable y fiero, sino á que hay en nuestra ciencia una serie de circunstancias peculiares de ella que la hacen más difícil y más cruel que ninguna otra; y dos de estas circunstancias son: 1.º, que tie-

ne puesto al descubierto y gritando con desgarradores alaridos que no callan un momento, todo ese caudal de sus más angustiosas necesidades y de sus más irresolubles problemas, el cual las demás ciencias en sus respectivos destinos van presentando poco á poco con el transcurso de los siglos y con la calma de un desarrollo sosegadamente logrado; y 2.º, que la evolución histórica de nuestra Patología, compañera inseparable de la evolución biológica de nuestro organismo y de su medio externo, nos va presentando nuevos problemas á medida que vamos resolviendo los antiguos.

IX

Podemos decirlo muy fuerte, sin temor á ser rectificadlos: ninguna, absolutamente ninguna de las ciencias humanas, sean cuales-

quiera sus fines, metafísicas, físicas ó biológicas, ha realizado con el tiempo y realiza en el día tanta cantidad de descubrimientos positivos y de impercederos adelantos como la Medicina. Somos la vanguardia del progreso; y sin embargo, parece que no nos movemos, parece que los mismos problemas de ayer nos persiguen hoy, parece que vivimos entregados á una estéril actividad, que sirve únicamente para delatar nuestra impotencia; mas para convencernos de este error, basta que comparemos y discurremos un poco.

Pongamos un ejemplo, y prescindiendo de la Física, la Química, la Historia natural, donde toda producción es dulce y espontánea, aun yendo á esas ciencias sociales donde los gritos del cuerpo y las angustias del espíritu promueven también el desasosiego de los problemas graves y urgentes, veremos que hasta la misma esclvitud humana, cuya redención es uno de los más bellos florones

del siglo XIX, sin embargo de que había sido perseguida durante diez y ocho siglos por el poder de una religión triunfante, túvose en un período de la historia de la Humanidad por símbolo de civilización y de progreso, que recibieron con inmensa gratitud pueblos anteriormente condenados al exterminio. Fuera de aquesta condición nuestros implacables dolores, nuestros luctuosos padecimientos, y fuéralo esa muerte fatal á que obedece la ley de la vida que nosotros tenemos siempre encima, para daño de nuestra solicitud, en tanto que las demás ciencias no la tienen sino á muy remota y tranquilizadora distancia; fuéramos descubriendo, en fin, campos de necesidad á medida que vamos resolviendo problemas, como el individuo que va caminando de noche por terreno inaccesible con una linterna en la mano, lleva por delante una aureola de luz que le va descubriendo poco á poco los peligros y le induce á una marcha despaciosa y confiada, y

seguro es que de este modo causarían asombro nuestras conquistas.

X

La doctrina bacteriológica ofrece otra prueba de su legítima bondad en el hecho paradójico de que pone todavía más de relieve este indomable destino de la Medicina. Cuando ella, nueva dípsade, muerde á un genio con sus dulces dientes y le inocular el virus de la investigación y del estudio, los realizados descubrimientos, lejos de calmar su noble ansiedad, la estimulan, la acrecientan y la convierten en una fiebre voraz, de la cual son un notabilísimo síntoma esas temeridades contra la rabia, el cólera y la tuberculosis que á lo mejor sacuden á los pueblos y determinan en el mundo conmociones

de estupor quizás nunca hasta hoy promovidas en tal grado por la Medicina.

Cuenta el ingenioso y profundo Luciano, el samosatense, que allá, en los abrasados arenales de la Libia, donde ni el césped ni el agua embellecían parajes que únicamente anidaban sapos, escorpiones, víboras y muchas alimañas de la peor especie, había entre ellas una más cruel que todas, la dípsade, cuya violenta mordedura, con producir incurables dolores, quemaduras y corrupción del cuerpo, ocasionaba aún mayor sufrimiento despertando una sed insaciable que aumentaba cuanto más bebía la desgraciada víctima, en términos de que el Nilo y el Istro caudalosos, apurados sin perder una gota, hubieranla aumentado, lejos de calmarla, como si se tratase de apagar con aceite un fuego devorador.

¿Quién duda de que Koch, Pasteur, Ferrán y otros serán víctimas de una parecida sed? ¿Ni quién duda de que después de su

muerte podrá escribirse en sus tumbas aquel epitafio puesto en el sepulcro del Garamanta, mordido por la dípsade al coger los huevos de avestruz, y que parece escrito para expresión de nuestras irremediabiles desventuras?

Por este negro tósigo encendida
Fué, sin duda, tu sed, mísero Tántalo.
¡Oh! ¡Tropel de Danaides, vuestro esfuerzo
Para llenar esta tinaja es vano!

Sí, por de Tántalo juzgamos á nuestro sufrimiento, porque condenados al fiero suplicio de ver huir la vida siempre, cuando más se aproxima á ella nuestro anhelo, no refrescaremos jamás con el agua deseada, que no otra es sino la extinción de la muerte, nuestros abrasados labios y nuestras inflamadas fauces; como obra de Danaides es la nuestra, porque todos los problemas que á millares resolvemos no llenarán jamás el desfondado tonel de la Patología humana, y como